

LA SINRAZÓN DE RUSIA, LA RAZÓN DE UCRANIA Y LA RAZÓN SUPERIOR DE LA PAZ

José Luis López González

Profesor Titular de Derecho Constitucional. Universidad Autónoma de Madrid

“Sí a la vida y no a la muerte y deshumanización de la sociedad con absurdas guerras que nos desgasten a nosotros mismos como hermanos y a nuestro hermoso país”

(Miguel de Unamuno).

“Europa se forjará en las crisis y será la suma de las soluciones adoptadas para esas crisis”.

(Jean Monnet)

“Nuevas amenazas derivadas de la guerra : el incremento importante de los precios de la energía y el costo de la vida, el miedo el incremento del paro y la precariedad, la incertidumbre ante el incremento del número de refugiados, los riesgos de amenazas nucleares rusas”.

(Consejo Europeo de Relaciones Internacionales)

“México rechaza el uso de la fuerza, reitera su llamado a una salida política al conflicto en Ucrania y respalda al secretario general de la ONU, en pro de la paz. Trabajamos con otros países para encontrar un espacio de diálogo”

(Canciller Marcelo Ebrard Casaubon)

“Nos encontramos en el momento más oscuro de la historia desde el fin de la Segunda Guerra Mundial”

(Joseph Borrell. Jefe de Política Exterior de la Unión Europea).

RESUMEN

La injustificable invasión de Ucrania, a manos del ejército dirigido por el genocida Vladímir Putin (los primeros en pronunciar la palabra genocidio han sido los propios ucranianos a través de las autoridades de la resistencia como el presidente Volodímir Zelenski o el alcalde de Kiev Vitali Klitchsko) fundamenta el derecho de defensa del pueblo ucraniano. En este conflicto, en efecto, la razón está del lado de Ucrania y la sinrazón es patrimonio exclusivo de Putin y sus secuaces. Sentado este punto de partida, se echa en falta la defensa, intensa y extensa, de un bien jurídico superior, avalado por la ciencia en tanto constituye elemento arquitectural básico del edificio de los derechos fundamentales y su garantía, como es la recuperación de la paz. Son terribles las consecuencias de estas acciones bélicas, tanto para Europa como para la paz y seguridad internacionales. A lo anterior, ha de añadirse la crisis energética, alimentaria y el rebrote de las ideologías extremistas y autoritarias de uno y otro signo que ponen en peligro la supervivencia de los sistemas democráticos de nuestro entorno tal y hoy como los conocemos.

1. EL ESCENARIO DEL CONFLICTO Y SUS CONSECUENCIAS GENERALES

Si tu patria te exige perder tu vida, o la de tus seres queridos, es que no merece ser tu patria. Cuando tu patria garantiza tu vida y tus derechos, te surte de razones para quererla. Los Estados democráticos están al servicio de las personas. Ningún Estado merece perder una sola vida humana. Es falso, como se ha dicho, que apostar por la paz constituya una postura infantil. Todo lo contrario, es postura propia de gobernantes responsables y realmente democráticos.

La primera víctima de una guerra, como se está comprobando, es la información veraz. La guerra es también la negación misma de la política y del Derecho y el fracaso del ejercicio del poder

que aúna la política con el Derecho. La negociación, el diálogo y la diplomacia son elementos constitutivos de la acción exterior de un Estado realmente democrático.

Asistimos a un conflicto terrible (en el día de hoy, 25 de julio de 2022, se cumplen 150 días, esto es, 5 meses, desde el inicio de la contienda) entre el dirigente de Rusia (Vladimir Putin), el agente invasor, y Ucrania (Volodimir Zelenski), el país invadido. Ambos, en mi criterio, han adoptado una actitud muy poco proclive a la reivindicación de la paz. Y si alguna postura merece el apoyo incondicional es precisamente la paz.

El autócrata del Kremlin especula con los suministros de gas y electricidad de toda Europa cuyos precios disparados suponen una seria amenaza de caos para las economías occidentales. La dependencia energética de Rusia, por parte de Europa, ha crecido hasta extremos muy preocupantes. En este sentido, es preciso reducir cuanto antes la insoportable dependencia de los combustibles fósiles.

Sin duda, a corto plazo, la víctima económica de la guerra de Ucrania será la inflación, puesto que el precio de los alimentos, y sobre todo de la energía, se ha elevado más de un 40% desde el comienzo de la contienda. La guerra de Ucrania y las sanciones a Rusia agravarán aún más el ya desfavorable panorama macroeconómico de la Europa democrática. Es de justicia resaltar, en favor del Gobierno de España, sus esfuerzos para modificar el sistema tarifario aplicado a la energía.

Putin lleva a cabo esta acción en el marco de una economía, la de Rusia, muy precaria e incapaz de soportar por mucho tiempo las sanciones establecidas por los países occidentales. Rusia concluirá seguramente este desdichado e impresentable episodio de su historia mucho más aislada y empobrecida.

Lo que se está gestando es, en realidad, la derrota de todos. Los únicos vencedores únicamente podrán ser los traficantes de armas y la industria de los combustibles fósiles.

2. EL ERROR DE NO APOSTAR DECIDIDAMENTE POR LA PAZ SIN IGNORAR LA RAZÓN DE UCRANIA Y LA SINRAZÓN DE RUSIA

La Unión Europea no debería haber permitido que su sistema bancario sea la “cueva” en la que se ocultan las fortunas de los magnates rusos. Estos sujetos han actuado con la complicidad descarada del Partido Conservador inglés que ha dado todo tipo de facilidades para mantener, protegidas en el anonimato, las inversiones irregulares rusas como corresponde al cinismo y la amoralidad con la que tantas veces actúan los diputados conservadores. Se ha de reconocer que históricamente se ha carecido en Europa de una verdadera política financiera que ponga freno a las prácticas especulativas descabelladas. Uno de los errores más llamativos de la denominada Zona Euro radica en su propia implantación sin crear, al mismo tiempo, un Banco central europeo que actúe como tal. La entrada en la Zona Euro impide poder emplear, en caso de una crisis grave, el mecanismo de la devaluación de la moneda. Esa pérdida de operatividad, ante una crisis económica profunda, únicamente podía compensarse con la creación para la eurozona de un auténtico Banco Central Europeo y un marco financiero y tributario común para los países miembros.

Hay algo que parece claro: la Unión Europea, junto a los socios de la OTAN, debería haber actuado contra las finanzas de los potentados rusos con la mayor rotundidad y profundidad y todo ello desde el primer momento. Según Banco Central de Rusia, más de la mitad de los flujos de capitales que recibe dicho país tienen su origen en Chipre. Otro porcentaje nada desdeñable, pues supera el 20%, del total, se localiza en Reino Unido. O lo que es lo mismo, los plutócratas rusos atesoran sus ingresos, de más que dudosa legalidad, en Chipre y viven cómodamente en Londres. La incapacidad de la Unión Europea, hasta la fecha, para poner fin dentro de sus fronteras a los paraísos fiscales, algo realmente imperdonable, ha alimentado esta espiral de dependencia energética y fortunas fabulosas de los compinches de Putin, fortunas que luego se ponen a buen recaudo en la Unión Europea

distorsionando nuestro sistema financiero y generando serios daños y un gran desprestigio, en términos éticos y de ejemplaridad tributaria. Del mismo modo que la dependencia energética de Occidente alimenta la arrogancia de Putin, todo parece indicar que el dictador puede haber subestimado su dependencia del sistema financiero internacional (tanto la de sus fortunas como la de toda la economía rusa).

La invasión se plantea, en esencia, como una guerra contra Europa y sus sistemas constitucionales que garantizan una convivencia democrática. En efecto, Rusia ha financiado impunemente partidos políticos secesionistas y antisistema. Así ha sucedido en Cataluña, por ejemplo. En efecto, la Rusia del genocida Putin manipulado la información y ha inoculado un enorme descontento, impotencia e indignación entre los ciudadanos inocentes, rusos y de otros países.

Ahora parece que la Unión Europea se ha decidido, por fin, a adoptar medidas como la prohibición de donaciones a los partidos políticos del exterior de la Unión Europea, la aprobación de una nueva regulación sobre la publicidad política, así como la inserción de innovadores mecanismos de sanción contra los ciberataques y las campañas de desinformación. En efecto, la Unión Europea ha sorprendido con una acción extraordinariamente rápida y solidaria entre los países miembros y, aunque siga habiendo divisiones, se abre una ventana para el bloque de reformas urgentes que se necesita.

La beligerancia no hace sino aumentar, según transcurren las jornadas, las muertes, el sufrimiento sin fin y los desplazamientos forzados cargados de renuncias y pérdidas materiales y espirituales producto de la sinrazón.

En la realidad cotidiana de países como España ha de destacarse la trivialización de la muerte y el sufrimiento, a través de los videojuegos y de determinadas producciones cinematográficas, como parte de la amoralidad y la falta de escrúpulos que nos acecha. Si lo que se pretende es eliminar la violencia de cualquier clase o condición (desde la escolar a la de género para culminar, en el ámbito internacional, en los conflictos bélicos) ha de comenzarse por una correcta educación de la infancia y de la juventud en tal sentido. Ha hecho mucho daño en nuestra sociedad el tratar de combatir la violencia por parcelas, esto es, desde sectores o escenarios aparentemente inconexos entre sí. Prueba de lo que se afirma es el repunte de comportamientos machistas en colegios e institutos. El asumir la violencia en los centros educativos como un mal necesario, con tibias campañas publicitarias en colegios e institutos sin dotación de medios, conduce a idéntica indolencia ante los conflictos internacionales.

Lo que más me ha asombrado de la situación bélica en Europa es haber escuchado de boca de varios colegas la siguiente afirmación: la guerra es algo completamente normal e inevitable en el ámbito internacional. Y concluyen con un desatino de entidad semejante: este conflicto simplemente nos devuelve a la realidad de las relaciones internacionales a lo largo de toda la historia. No puedo estar más en desacuerdo. Es propio de mentes y de sistemas autoritarios, alejados de los conceptos de justicia y protección de los derechos fundamentales constitucional e internacionalmente garantizados, asumir con resignación y normalidad lo que supone un ataque frontal a la dignidad de la persona: la violencia y el terror de la guerra. Un constitucionalista jamás puede mantenerse equidistante entre la guerra y la paz. Ha de apostar decididamente por esta última a través de su conexión con el derecho a la vida, la dignidad de la persona y los derechos fundamentales que le son inherentes (art. 10.1 Constitución española).

Nos hemos acostumbrado a contemplar la guerra y las desgracias que genera con la normalidad con la que asistimos a la información meteorológica o la deportiva.

Por si faltara algo, otros países autocráticos, como China, Turquía e Irán, amenazan también nuestros sistemas democráticos de diferentes formas y maneras.

Retomando el conflicto que nos ocupa, y como se dice coloquialmente, “los extremos se tocan”. El autócrata ruso tiene a sus hijos estudiando en Reino Unido y el dirigente de Ucrania en Alemania. Uno invade y el otro contraataca con el fundamento cierto de la legítima defensa pero sin una apuesta decidida e identificable por la paz. Defenderse no es necesariamente devolver violencia por violencia. Ninguno quiere la paz, por más que el dirigente ruso sea el principal culpable. El de Ucrania, ante esa situación de violencia injustificable, debió ponerse, desde el principio, en manos de la comunidad internacional. La defensa legítima y el trabajo en favor de la paz pueden y deben convivir. Pero no ha sido así. A quienes les asistía la razón (Ucrania) se les ocurrió solicitar armas y se les olvidó demandar a la Unión Europea una interlocución eficaz por la paz. La misma que ambos dirigentes, el de la razón y el de la sinrazón, habrían demandado si ellos mismos y sus familiares se hubieran visto en idéntico sufrimiento y miseria a la del ciudadano ruso y ucraniano común. No sabemos cuando acabará la guerra. Pero sí sabemos que los máximos dirigentes de los países contendientes y sus respectivas familias no perderán la vida ni sufrirán el menor daño en ella.

Es este un conflicto parecido al de los Balcanes. Unos “encienden la mecha” y otros (los ciudadanos de a pie) son condenados a una emigración forzosa llena de terror y penurias cuando no mueren directamente en el campo de batalla. El siguiente paso también lo conocemos: la lenta reconstrucción del país, en un nuevo proceso de enriquecimiento de élites económicas, y el olvido de las víctimas y de los daños estériles y evitables ocasionados.

En guerra, la paz se consigue cuando uno de los dirigentes valora salvar vidas por encima de proteger una “presunta honra”, individual y/o colectiva, frente al conflicto. Se trata de evitar que “ojo por ojo” sea equivalente a “todos ciegos”. Insisto, jamás se evitó una guerra sin costes “morales” para una parte.

Lograr parar una guerra no es negociar. La negociación es el segundo paso. Cuando a costa de que uno pierda, de manera formal y momentánea, “la dignidad patria”, logra el inicio de una negociación que merezca ese nombre, al amparo de la ONU. El primer principio que ha de hacerse efectivo para alcanzar la paz podría formularse como sigue: “si me veo obligado a elegir, prefiero perder honra antes que vidas”.

El responsable del país invasor y el encargado de dirigir el país invadido tienen algo en común: saben que ninguno de los dos, ni sus mujeres, ni sus hijos, va a morir. Como también saben que sus hijos tendrán un puesto muy relevante en sus países respectivos porque con el esfuerzo de los ciudadanos les han sufragado los gastos para formarse lejos de sus territorios. Unos territorios que ellos mismos, por activa y por pasiva, se han encargado de transformar en inhabitables mucho tiempo antes de que las armas tomaran el protagonismo que sólo a la razón democrática y la vigencia de los derechos fundamentales y sus garantías debía corresponder.

Además, ambos Estados se han permitido desconocer la vigente regulación de Derecho Internacional Público en materia de conflictos bélicos. Únicamente la vigencia del Derecho puede frenar lo que hoy parece inevitable: que se utilice la guerra como instrumento de la política internacional. No es en modo alguno admisible anteponer los intereses nacionales a la vida de las personas. En efecto, si hay algo claro en esta injustificable invasión de Rusia sobre Ucrania es que la población civil se ha convertido en un objetivo militar prioritario.

Como ocurrió en los Balcanes, dos sucedáneos de gobernantes democráticos, ebrios de poder, encienden la mecha y son los ciudadanos y ciudadanas de a pie los que resultan dañados. Si tu patria te exige perder tu vida es que no merece ser tu patria. Cuando tu patria garantiza tu vida y tus derechos, te surte, en cambio, de razones para respetarla, para quererla.

Y qué decir del trasfondo real de la situación: venta de armas (España es una auténtica potencia en este campo, no en vano es el Estado de la Unión Europea que más porcentaje de PIB destina a la investigación militar; entre los países desarrollados sólo Estados Unidos le supera), incremento

insoponible del precio del combustible y la energía (que cada vez afecta a más sectores, y por supuesto, a los sectores de renta más bajas) y reconstrucción a cargo del enriquecimiento, sobre la sangre de los muertos y no, al menos en primera instancia, pensando en el bienestar de los ciudadanos, de las empresas constructoras.

En este conflicto, la Paz, escrita con mayúscula como merece su incalculable valor para el ser humano, se consigue al instante cuando el dirigente de Ucrania decida involucrarse en su recuperación, pues él tiene también una gran responsabilidad (aunque cuantitativamente muy inferior a la del invasor) en la continuidad de esta masacre humana.

Se nos han ocultado en muchas informaciones de prensa dos datos realmente trascendentes a la hora de evaluar la situación:

- a) Ucrania es un país con unos niveles inaceptables de corrupción y de manipulación de la información, por parte de su gobierno de ultraderecha, desde muchísimo tiempo antes del inicio de las hostilidades. En este marco, podrían situarse, que no justificarse como motivo legítimo para la invasión, las declaraciones de Putin cuando afirmaba, en su literalidad: “Nos esforzaremos por desmilitarizar y desnazificar Ucrania”. Por desgracia, Ucrania ya soportaba una intensa inestabilidad e inseguridad antes de la invasión militar dirigida por Putin y que dio inicio el 24 de febrero de 2022.
- b) Históricamente, Ucrania es el origen mismo de Rusia. Es algo más que el país de “al lado”. Ucrania es Rusia. Los vínculos históricos de Ucrania con Rusia resultan innegables. Cuestión diferente es la manipulación de esos vínculos por parte de Putin para ponerlos ilegítimamente al servicio de sus fines expansionistas e imperiales.

Por lo demás, la dicotomía entre quien “tiene toda la razón” y “quien carece de toda la razón” es un producto tradicionalmente elaborado y explotado económicamente por los medios de comunicación. Aquí, en el caso que nos ocupa, existe un sujeto agresor, el genocida Putin, y una sociedad agredida, integrada por los pueblos de Rusia y Ucrania.

Un verdadero estadista, una auténtica autoridad democrática que de verdad representase al pueblo ruso y al de Ucrania, habría evitado todo el sufrimiento. Por parte de Rusia, prescindiendo de la invasión. En lo que se refiere a Ucrania, cesando y tolerando los hechos al principio, evitando la respuesta bélica inmediata, poniéndose en manos de las organizaciones supranacionales de los países democráticos, sin retrasar lo inevitable y sin provocar una crisis económica internacional sin precedentes.

Creo que esta invasión ha de analizarse como lo hizo Miguel de Unamuno con ocasión de nuestra calamitosa y desdichada Guerra civil. Se trata de una mirada desde el prisma de los derechos fundamentales inherentes a quienes, en su condición de personas, jamás pueden renunciar a su dignidad. Con una mirada sincera ante el mundo y expresada mediante la culta palabra que caracteriza al insigne pensador vasco.

Por desgracia, seguimos inmersos en la dialéctica de la violencia, la destrucción y el odio. Frente a todas estas características propias de las situaciones de conflicto, el amor altruista y desinteresado continúa siendo la virtud más científica y necesaria en la vida en común de naciones y personas. Todo parte de la idea de no pretender imponer una sola verdad con conductas antidemocráticas.

La solución pacífica de conflictos ha de seguir siendo la clave en el ámbito de las relaciones internacionales.

Termino como empecé, con el mensaje cargado de valor y compromiso del insigne escritor español, principal exponente de la Generación del 98, *Miguel de Unamuno*: “Sí a la vida y no a la

muerte y deshumanización de la sociedad con absurdas guerras que nos desgasten a nosotros mismos como hermanos y a nuestro hermoso país”.

3. BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

BOBBIO, Norberto (1982). *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona, Ed. Gedisa.

NÚÑEZ CASTAÑO, Elena (2022). *Libertad de expresión y derecho penal: la criminalización de los discursos extremos*. Cizur Menor (Pamplona), Ed. Aranzadi.

PYSANTI, Valentina (2022). *Los guardianes de la memoria. El retorno de las derechas xenófobas*. Valencia, Publicaciones de la Universitat de València.

SEIPEL, Hubert (2022). *Putin. El poder visto desde dentro*. Córdoba, Ed. Almuzara.

SIMÓN CARRASCO, Patricia (2022). *Miedo. Viaje por un mundo que se resiste gobernado por el odio*. Barcelona, Ed. Debate.

TAIBO ARIAS, Carlos (2022). *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*. Madrid, Ed. Los libros de la Catarata.